

JOSE MARIA

FERNANDEZ NIETO



LA TREBEDE

ALREDEDOR DE LA MESA

(Comunicación Poética)

BILBAO 1961

Roliva

OBRAS DE JOSE MARIA
FERNANDEZ NIETO

SIN PRIMAVERA.— Nubis, 1946
Palencia

POESIAS.— Granada, 1946

AUNQUE ES DE NOCHE.
Palencia, 1947

PAISAJE EN CARNE VIVA.
Poesía. Madrid, 1949

LA MUERTE APRENDIDA.— Co-
lección Halcón.— Valladolid, 1949

A ORILLAS DEL CARRION.
Poesía.— Palencia, 1957

LA TREBEDE.— Colección «Alre-
dedor de la mesa».— Bilbao, 1961

EN PRENSA

CAPITAL DE PROVINCIA. Poesía

GALERIA INTIMA.— Idem.

BUZON DE ALCANCE.— Idem.

COTO DE LA VIDA.— Sonetos
para ir de caza.

Depósito Legal: P. - 7 - 1961

JOSE MARIA FERNANDEZ NIETO

LA TREBEDE

ALREDEDOR DE LA MESA
(Comunicación Poética)

BILBAO

1961



T. 65273
C. 71826378

THE MARIA FERNANDEZ MUSEUM

LA TRÉBÉDE

ALFREDO DE LA MESA

ESTADO

1911

EL PUEBLO

Dígame la verdad...

Usted no ha estado
apenas en el pueblo... Sé que vino
dos veces a un entierro, sé que cobra
puntualmente su renta de nostalgias,
que aquí nació su madre por ejemplo,
pero no ha visto nunca una cigüeña
suspirar en la torre de Santiago.

Que usted nunca ha ido a pájaros de niño,
nunca, quizá, ha subido al campanario
a contemplar las golondrinas, nunca
bebió las vinajeras de don Cándido
ni rompió el corazón de una bombilla,
ni jugó con los galgos de don Tirso,
ni levantó las faldas a la aurora.

Y sin embargo usted habla del pueblo
y se atreve a decir que sus adobes
fueron hechos con barro de tristeza,
que su plaza mayor es un ejemplo
rural de la agonía, que sus chopos
son vegetales dedos donde cuentan
las nubes su rosario de palomas.

Usted afirma que la muerte es algo
parecido al silencio de estas calles,
que aquí no hay trolebuses, espectáculos
donde se aplaude a un digno equilibrista
o se insulta a placer al Zaragoza,
pero, señor, hay pájaros y envidias
para enterrar a un ángel, hay caminos
que conducen al sol directamente
y hay por si fuera poco un camposanto
donde los viejos muertos se saludan.
Hay vida, sepa usted, y se lo digo
en palomas y besos, tanta vida
que no sé como cabe en un pañuelo,
tanto odio, tanto amor, tanta ternura
y tanta inmensidad, que es algo serio
ver cómo saltan chispas en los ojos
porque compró un tractor don Federico,
porque Manuela se casó de blanco,
porque vendió sus pámpanos Enrique
porque en la vieja trébede se ha muerto
sin dejar una rosa doña Encarna.

Lo crea usted o no digo que un pueblo
es tan perfectamente incomprensible
como un niño que nace, acaso como
un corazón sembrado de tinieblas,
como un hombre que quiere suicidarse
llevando entre las manos siempre vivas.

¿Para qué proseguir? Usted ha visto
solamente su ruina, sus pedazos,
su múltiple manera de quejarse,
sus enconados labios resignados
a morirse tedio si no llueve,
su vieja indiferencia de palomos,
su ciego escepticismo por las flores.

Yo le invito a que venga, a que les palpe
su corazón de trigo y mantequilla,
su espíritu de nube y de romero.
Yo le invito a venir aunque me temo
que se pueda quemar en su ternura,
que tienen calenturas en los ojos
de mirar tanto al cielo, que padecen
quemaduras de amor, que son sencillos
y agudos como el filo de una espada.

Por eso quiero hablarle de este pueblo
o de aquél, es lo mismo, de cualquiera,
de un lugar donde Dios se multiplica

para que no haya nadie que se quede
sin su ración de amor y de esperanza,
porque para segar tantas envidias
no hay una hoz con filo de querube
ni un verso que llevarse hasta los labios,

RAMON

Quiero contarle todo, sus vencejos,
sus parvas en la era, su costumbre
de cazar mariposas con el sueño
su modo de mirar a las perdices,
su vegetal manera de peinarse,
su atención mineral, su compostura
para arrancar espigas y amapolas.

Sé llamaba —es lo mismo— un nombre agrario,
por ejemplo Ramón, mas bien Fernández,
un hombre como yo, como usted mismo,
un hombre como tantos que abundamos,
un corazón de plástico y de aurora,
un hombre malherido por el tedio,
condenado a la pena de acabarse.

Tenían tantas cosas que se tienen
sin ser nuestras, un hijo, una neuralgia,
un calendario de dolor, un vaso
para beber el tiempo a su manera
y pocas cosas más... Ah sí, un deseo:
llegar a conocer cada septiembre
para llenar de trigo sus paneras.

Que si un granizo había, que si un carro
atascósele un día en la cuneta
domingos hubo en que gritó su enfado
amenazando con romper el aire.
Ramón de vez en cuando sostenía
un guijarro en la mano, una sonrisa
difícil en los labios, y en el pecho
un corazón de níquel y romero.

Y era bueno, Ramón, era tardío
Ramón como la rosa que en diciembre
anuncia su agonía, y era bueno,
digo bueno, Ramón, todo lo bueno
que puede ser un hombre por ejemplo.
Y era noble, Ramón, todo lo noble
que puede ser un perro castigado.

Ramón se levantaba, se tomaba
Ramón su desayuno de pan triste
y su vaso de vino melancólico.
Se iba Ramón al campo a ver sus trigos,

Ramón a ver sus nubes, si llovía,
Ramón a ver si el viento, si los pájaros,
si el rebaño, Ramón, hasta el almuerzo.

Se llamaba Ramón, y por ejemplo
no sabía cantar a las alondras,
ni jugar a poner bien las palabras
ni pensar en la muerte seriamente.
Su límite formal era el Casino,
su desazón vital el rey de bastos,
su brújula de amor hacer del hijo
seguramente un tonto irremediable.

Y se quejaba siempre, ah, y se quejaba
lo mismo que se queja la madera
al dejar de ser verde... Y era bueno
Ramón, esto es lo trágico, era bueno.
Y noble era Ramón, tan noble como
lo pueda ser el pan, a buen seguro.
Y era tardío para echar la siembra
para pensar que todo aquello era
muy poca cosa para ser del todo.

¿Qué le parece a usted? ¿Hacemos punto?
¿Damos aún más penas y señales?
¿Decimos por ejemplo el accidente
mortal de su mujer, el luto breve,
que guardó por la muerte de sus pájaros,
el día en que se puso de rodillas

para rogar a Dios por una yegua
o aquel otro en que el galgo se moría
y le brotaron lágrimas azules...?

¿Hablamos de su amor incomprensible
por una moza muerta, o por ejemplo
de aquella ilustre rosa que cortara
o de aquella ebriedad adolescente
que apasionó sus años ya en desuso?

Sí, yo le conocí, sin duda alguna
acaso como usted, si usted ha estado
en su pueblo natal un mes de junio
cuando el verano ya se formaliza,
cuando Ramón —y el caso es que era bueno—
regresa a merendar pan con tristeza,
cuando la tarde entorna su carruaje,
cuando Ramón descifra su conciencia
y entiende, a duras penas, el periódico
y se tiende a dormir junto a la cama
del hijo, como un can, sin darse cuenta
de que ha muerto otro día inútilmente.

¿Y Dios? Allá en la iglesia. El cura sabe
Ramón tiene bastante en qué ocuparse.

EL FORASTERO

Se abrieron los visillos como se abren
los párpados de un lirio perezoso.
Por la plaza cruzó, como un aroma
respirado al morir, el forastero.

Las flores se alarmaron... ¡qué sorpresa!
Algo le pasa al aire esta mañana.
Alguien le ha golpeado extrañamente.
Juana, Elisa, Mariana, tres candelas,
tres pábilos de amor turban su llama
detrás de los visillos....

Dicen, dicen
que ha venido de Lérida, lo canta
su cartera de piel de cocodrilo...
O de Ronda, quizá, tiene los ojos

de un azul novillero... O de Valencia...
(su nariz de «ninot», su olor a pólvora...)
¿Por qué no de Sevilla? ¿Es que no lleva
una rosa amarilla en la solapa?

Juana, Elisa, Mariana se persignan
para ahuyentar fantasmas amorosos
en su sueño minúsculo y no saben
quién es el forastero, si es un príncipe
o un inspector de alcoholes aburrido
que va a encargar rosquillas de esperanzas
para el bautizo próximo de un árbol.

Hay que tener en cuenta que en el pueblo
no hay partidos de fútbol, ni presentan
credenciales ministros colombianos
ni pasa la serpiente del ciclismo,
ni rifan automóviles los ángeles.
Hay que tener en cuenta que una mosca
tiene mucha importancia si hay silencio,
que un blanco hace furor en Togolandia
y una mujer incendia un campamento.
Hay que tener en cuenta que una moza
quiere beber el agua si está escasa,
que un pez siempre es noticia en un teatro
y una canción no siempre es admitida
como cosa corriente en aritmética.

Hay que tener en cuenta que los mozos
eran siempre los mismos y miraban
con los únicos ojos que podían.

El forastero dijo: «Buenos días».
Y alguien dijo que sí, que buenos eran,
que eran buenos, que sí, para marcharse
silbando una canción a toda prisa.
El forastero preguntó por alguien,
por una rosa muerta que allí había,
por la oreja de un galgo malherido,
por el amor de un álamo en octubre.

El forastero abriendo su silencio
dijo que se llamaba Juan Alegre
y que vendía nubes, amapolas,
palabras por decir, verdes tristezas
y otras cosas por siempre incomprendidas.

Juana, Elisa, Mariana, se plegaron
como se pliegan en la flor los pétalos.
De nuevo se cerraron los visillos
y el aire bostezó de aburrimiento...

EL MAESTRO

Dígame usted, si no, cómo es posible
que cante un ruiseñor o que una rosa
perfume una mañana de septiembre,
o que celebre el río, cada miércoles
su vegetal noviazgo con los árboles.

Pues bien, no digo más, digo que tiemblo
al contemplar a un niño que no sabe
la sonrisa del sol, que se ha dormido
y no sabe soñar con los pardaes,
al niño que distingue fácilmente
la ese de la o, y el pan del vino,
y el agua del aceite, y que no sabe
donde está el corazón de las libélulas.

Yo le he oído a este niño decir: Banco,
pizarra, Jesusito, tres por ocho,
vacaciones, peonza y otras cosas
que son, a toda luz, insuficientes...

Pero el maestro tiene sus problemas
y no le alcanza el sueldo para hablarle
por ejemplo de amor o de esperanza.
El mira su reloj, consulta el cielo
mide el rayo del sol sobre el pupitre,
porque ya son las doce y la pizarra
bosteza decimales y quebrados,
y una mosca se posa en Alicante,
porque están impacientes los garbanzos
y huele por el pueblo a mediodía.

La gente dice siempre que los niños
aprenden pocas cosas en la escuela,
que el maestro es así, que no es posible
enseñar con el alma en el bolsillo
y el corazón oliendo a guardapolvos.

Pero el maestro es joven, necesita
un pedazo de vida, una merienda
diaria de ilusiones y no puede;
sólo le llega el sueldo para el gasto

del aire por las tardes, solamente
le dá para gastárselo en nostalgias
y acordarse de Dios cuando se duerme.

Hay que tener en cuenta que el maestro
tiene una novia en Cádiz o en Orense
y si él está en el pueblo todavía
es porque el tiempo pasa sin decírselo.
Por lo demás el hombre hubiera sido
cazador de sorpresas, argonauta
o acaso misionero en Antioquía.
Porque él nunca nació para maestro
y aún cuando se descuidan los chiquillos
emprende largas fugas por el mapa
y el dedo se le enreda en las Azores
y zambulle su sueño en el Pacífico.

A veces el alcalde se impacienta
y es de ver cómo rompe los oficios
cuando nace una rosa en su tintero
cuando le habla el maestro de que un nido
no puede cobijar tantos arcángeles.

Porque si bien se mira es más urgente
poner a punto el trillo, ir preparando
la aritmética vil del presupuesto.

Porque si bien se mira no se puede
cantar mientras el trigo no se cobre,
ni regar los geranios mientras haya
que pagar el trimestre de la acequia,
no se puede, y que no, dice el alcalde
reconstruir el sueño de unos ángeles
mientras no se resuelva la vendimia.

Y el maestro se muerde su tristeza
mientras —la ese con la o— los niños
multiplican su tedio por el siete
y sueñan con que sean ya las cinco
para jugar al hombre, que es lo bueno.

Les digo a ustedes que la cosa es seria,
que no es para reir ni mucho menos,
que el maestro ya tiene los cincuenta
cumplidos en gramática y en números,
y en tiza y en decir «Reyes Católicos»
y en pensar «este invierno será el último».

Y nunca consiguió salir del pueblo
ni viajar por el mapa, ni casarse
con su novia de Cádiz o de Orense.
Sigue aquí, en su parcela, en su encerado
llorando decimales, sollozando
sílabas tercamente repetidas,

pensando con tristeza en su sobrino
que estudia Magisterio en Zaragoza,
recordando un balcón, un beso anónimo,
un clavel reventado por la urgencia.

El, que era un soñador, que hubiera sido
comandante de lirios en Caracas,
que vino con el alma en el estribo,
que prometió ser ángel o ministro
ahora, en esta tarde de noviembre,
junto al viejo pupitre que estrenara
siente cómo sus manos se le mueren
de tanto acariciar las mariposas...

EL PAN

Dejémonos de rosas y de auroras,
olvidemos campánulas y estrellas,
vamos a ver que pasa con el trigo,
por qué se queja el pámpano en septiembre,
vamos a ver por qué lloran las uvas
por qué Ramón insulta a las caléndulas.

Dejémonos de lirios y amapolas,
vengamos hasta el pan, hasta la trébede,
hasta la rinconera donde enferma
de polvo un diccionario, donde muere
Cervantes traicionado por los números.

Vamos a ver qué pasa, como sueñan
las moscas con la sangre de don Diego,

cómo transcurre el tiempo en las cazuelas,
como cantan su amor los delantales.

Dejémonos de chopos y eucaliptos
que de pan se está hablando por las casas,
que de pan vive el hombre, que a pan huele,
que con pan sueña el niño en el colegio.

Que del pan nace el odio, que pan tierno
toma don Luis, no dándole importancia
y no sabe que pan es lo que quiere,
que pan con chocolate toma el cura
y pan el sacristán y pan los pájaros.

Que Juana y pan, Elisa y pan, Mariana
y pan y pan Mercedes, pan con besos,
pan, eso sí, con sueños y sonrisas,
pan con murmuraciones, pan con trébede
pan para merendar acaso estrellas,
para endulzar la duda, pan con penas
pan con amor, Mariana, Elisa, Juana
pan ¿para qué? ¡Quizá para morirse!

Por eso están tan tristes las botellas,
por eso, acaso llora la esperanza,
por eso un verso es menos que una lágrima,

por eso un corazón resulta insípido,
porque escasea el pan, porque en la trébede
no se habla más que de esto, del pan triste,
del triste pan que el hombre necesita,
de que Juan tiene pan, más pan que nadie
y hay quien no tiene pan para comerlo.

Y así está el pueblo, con el pan a vueltas
buscando el pan, no el pan de cada día,
no el pan de cada quien, pan para el sueño
pan para mil o pan para ser alguien.

Por eso están cerradas tantas puertas
y no pueden crecer los tamarindos...

EL CURA

Habló a pámpano abierto, a la luz caliente,
a espiga santa, a páramo tendido
y solamente niños le entendieron.

Habló para los pájaros cansados,
para la despedida de los trigos,
para los ríos muertos, para el llanto
azul de las palomas, para el beso
quebrado por la espada del recuerdo.

Y solamente niños le entendieron.

Estuvo magistral, habló de todo
lo que puede decirse con un beso,
de bienaventuranzas, de caminos,
de corazones álgidos, de un día
en que habló con un árbol, de una tarde
que vió morir de amor a una cigarra.
Estuvo magistral, estuvo nube,
estuvo ruiñeñor, yo os lo prometo,
yo que le ví aumentarse en lo más íntimo,
yo que ví su sotana agonizante
temblar de soledad, yo que he sabido
que solamente niños le entendieron.

Bien pudo habernos dicho la tristeza
de una puerta cerrada, él que sabía
que si lo dice Dios, tres y uno cinco,
pudo habernos hablado de torpezas,
de faldas levantadas, de hijos póstumos,
de verdes primaveras de escayola,
él, que supo por qué viajaba Ernesto,
por qué nació Pascual un Jueves Santo
por qué cuatro lunares tuvo el niño,
bien pudo habernos dicho de qué modo
compró don Serafín tanto silencio,
él que supo morderse las palabras
y callarse que Juan era inocente...

Y solamente habló de claridades,
de olor de paraísos, de gozosas
exaltaciones nuevas, de claveles

amarillos, de pájaros azules.
Fué la suya una plática de estrellas,
de futuras cosechas de universos
—y qué sé yo— de todo lo que un niño
—qué sé yo cómo— entiende con un dedo,

Volvió el cura, sentóse y en la trébede
enfermó su breviario de tristeza,
mientras en el balcón de su esperanza
se deshojó el geranio de los salmos.
Desayunó su jícara de sueños,
besó su crucifijo y se durmieron
sus manos como en siesta de palomas.

Que él quiso hablar de amor a borbotones,
humedecer los párpados de lágrimas,
sembrar versos de Cristo en la tiniebla,
darse a plena canción, a vida plena.

Y solamente niños le entendieron...

CALLE DE SANDOVAL

Calle de Sandoval...

A mi me suena

a musical coloquio de palomas,
a bienandanza azul, a sortilegio
de lúpulos azules, a corceles
voladores de mar, a tiempo herido.

¿Quién era Saldoval?

Se lo pregunto

a los guijarros muertos de la calle,
al ébano del plinto, a la amarilla
piedra de los escudos que agonizan.
Nadie de Sandoval sabe decirme
sus pelos y señales, por ejemplo
si se casó en diciembre, si una rosa
se deshojó en abril en su presencia
o si fué su casaca azul o malva...

Sé que por esta calle María Luisa
taconeá a menudo su nostalgia,
que encienden farolillos en las fiestas
para que se diviertan sus balcones,
que Regino la cruza siete veces
para sembrar el aire de geranios,
que don Ramón por ella veranea
pensando en la futura trilladora,
que el párroco la cruza pensativo
soñando en el sermón de los domingos,
que Luis, que ya es abuelo, todavía
piensa en ella su boda equivocada,
Calle de Sandoval por donde pasa
el maestro poblándola de números
cuando vuelve soñando en su merienda.

Calle de Sandoval... ¿Qué más? ¿Hay alguien
que pueda descifrarme alguna piedra,
algún ladrillo puesto por un conde
o esta contraventana tan cerrada
que habitada parece por un muerto?

Calle de Sandoval... siesta del pueblo,
corazón donde anidan los pardales,
cauce del agua pura, cotidiana
por donde pasan todos, como el agua
que pasa una vez sola y pasa siempre...

MARÍA LUISA

Así como hay un tonto en cada pueblo,
que pellizca a las niñas soñadoras,
así como en las bodas siempre hay alguien
que versifica el fin del matrimonio,
así como el zahorí no falta nunca
que adivina las cosas que no pasan,
así Luisa también, mujer había
de profesión soltera, María Luisa,
rezadora de nombre y apellido.

Ella bordaba rosas de nostalgias
detrás de sus visillos melancólicos,
planchaba con ternura los pañuelos
donde el carmín entristeció de llantos
y miraba a la plaza como si alguien
viniera de Madrid para cruzarla,

Porque ella tuvo novio y ella sabe
que hoy, catorce de junio, ya es abuelo,
que al niño le bautizan en Santiago
y que ella pudo ser —cualquiera sabe—
la que llevara el niño hasta la pila,
la que estuviera en casa preparando
pastas de buen amor, blancas rosquillas
bañadas con azúcar de esperanzas.
Sin embargo esta tarde es para ella
una de tantas tardes donde junio
tiende, ya indiferente, su mirada...

Ella dirá, temblando en sus enaguas
«Buenas tardes don Luis. ¡Enhorabuenal»
y tenderá sus manos, esas manos
que son palomas muertas y que un día
poblaron los trigales con su gracia.

Pero ella vuelve en sí, vuelve a su mundo
donde San Roque alegra la capilla
y habla con doña Celsa de medallas,
del capital que deja don Bautista,
del último sermón, de la novena
de la Virgen Santísima del Carmen.

Y reza a Santa Marta mientras piensa
en el polvo ojival de las ventanas,

en la colecta próxima del jueves,
en lo que ha de poner de primer plato,
en su cómoda verde, en el vestido
que ha estrenado su prima María Antonia,
en Luis, que ya es abuelo, en la merienda
del domingo, y en Luis, que ya es abuelo
y en la Misa Mayor, y en lo difícil
que es levantarse pronto los domingos,
y en Luis, que ya es abuelo... ¿qué es abuelo?
¡qué horror! pero ¿es posible? ¡cómo pasa
el tiempo, si pudiera...! Luis... ¡abuelo!

Pero ya pasó todo, tarde, junio,
y María Luisa sigue anestesiando
su corazón del tiempo y de la pena.
Hay que limpiar el polvo a la esperanza,
levantar la persiana del futuro
y contemplar de nuevo las estrellas.

— ¿Qué más decir de Luisa? Que se pinta
de carmín los domingos, que pasea
con sus viejas amigas sus recuerdos,
que habla de su sobrino de Almería
que ha obtenido notable en primavera,
de las de Palomar que están soñando
con encontrar un pino a su medida,
de un estampado verde, de un ovillo
color violeta pálido, de un verso

que aprendió siendo niña y no recuerda,
de todas estas cosas tan triviales
que tienen su importancia, aunque no tanto
como tener un hijo, por ejemplo
o haber llovido ayer por la mañana.

Y esta es la cosa. Luisa vive y sueña
como cada vecino, Luisa siembra
su pequeña ilusión, riega sus tiestos
en donde los geranios se amotinan
para dar sensación de primavera.
Luisa sube a la trébede, conecta
el mundo en los seriales, se reinventa
en los párrafos húmedos de lágrimas,
prepara la cazuela de los fréjoles
y baja las persianas, que ya es tarde
para que el sol dialogue con las flores
y regresan los mozos de las eras...

Y prepara su cama...

Y es entonces
cuando su corazón revolotea
como una mariposa malherida,
como un pájaro herido por la pena
y piensa en Luis, en Luis que ya es abuelo
y en que la vida pasa como el agua
y no puede beberla...

LA FIEBRE

Que vamos a dejarlo, que ya es tarde
para decir que Juan es inocente,
para hablar de una jaula que agoniza,
de unas tijeras muertas, de un canario
que se murió en agosto porque nadie
escuchaba su cántico en la trébede.

Usted no se figura cómo duele
hablar de un corazón sin melodías,
de un violín que se muere de silencio,
de un beso en un desván, de un vaso enfermo
o de una rosa gravemente sola.

Porque decir que Félix no sabía
contemplar un crepúsculo elocuente,
que Diego nunca supo la hermosura

de una tarde de octubre, o por ejemplo
que don Manuel no entiende todavía
el corazón azul de las muchachas...
Decir, en fin, que el pueblo ya no sueña
con la revolución de los jazmines,
que ya no piensa más que en las barajas,
en el dios de la lluvia, en las faenas
del próximo verano, en si don Carlos
sembró rojo Aragón o híbrido acaso,
o en decir que la culpa es del Ministro...

Porque decir todo esto, usted lo sabe
es decir que Castilla se nos muere,
que chochea de amor, que tiene fiebre
de pájaros y estrellas, que algún día
perderá, en los rastrojos, la memoria
y no recordará si fué en septiembre
cuando empezó a sentirse desahuciada
por el dedo de Europa...

Que ya es tarde
para hablar de Ramón, de si era bueno
o de si era tardío, o bien de Luisa,
de Luis, que ya es abuelo, del alcalde
inaugurando escuelas en el sueño;
que vamos a dejarlo, que ya es tarde
para decir que el cura se reviste
para el sermón ritual de los domingos,
que es tarde para hablar inútilmente,
mientras el mundo poda las estrellas
y se mueren de amor las amapolas...

LUIS

Estoy pensando en Luis, que ya es abuelo,
en Luis que peina besos, que jubila
cada día una rosa con su olvido,
que se queja de ser y algunas veces
no sabe si es mejor arrodillarse
o estrangular la luz entre sus manos.

Estoy pensando en Luis, en Luis que piensa,
en Luis que calla, en Luis que duda, en Luis
que acaba de llorar de una manera
que hace pensar en Dios muy seriamente.

Estoy pensando en Luis, como se piensa
en un árbol de octubre o en un vaso
en el que se ha bebido tantas veces.

Porque Luis no hace tanto que fué mozo,
un mozo mineral, un mozo alegre
capaz de derribar una campana
o de alzar, con sus músculos, un pino,
capaz de hacerse médico en Sevilla,
de licenciarse en pájaros en Soria
o acuchillar un lobo en Perazancas.

Por eso María Luisa bien le quiso
porque tenía pulso de querube
y corazón de antílope gigante,
porque lo mismo acariciaba malvas
que domaba un caballo desbocado.

Por eso hablo de Luis, que ya es abuelo,
que piensa en María Luisa con tristeza,
con nostalgia, tal vez, de hombre acabado.
Y aquí está Luis, abueleando penas
hoy, catorce de junio, hoy que en la plaza
María Luisa le ha dicho «buenas tardes»
y le ha felicitado con tristeza.

Estoy pensando en Luis, que no ha ejercido
su profesión de lirio enamorado,
que se casó en agosto con Amelia
y cien hectáreas más de incomprensiones...

Por eso pienso en Luis, que ya es abuelo
que acaba de llorar de una manera
que hace pensar en Dios muy seriamente.

REGINO

Decían que tocaba las campanas
como se toca un corazón, dudando
de su existencia misma, de su tacto,
como se toca el vientre de una madre
que anuncia un nuevo mundo irremediable.

Yo conocí a Regino suspirando
por una margarita malherida,
cantando alegremente un padrenuestro
o derramando un vaso de buen vino.

Yo conocí a Regino antes de abrirle
el corazón con versos, cuando estaba
recosiendo la flor de una casulla
o acariciando cisnes en su trébede,

Regino suspiraba, se reía
como un gato dichoso cuando maya
por un plato de amor o de caricias.
Yo le encontré llorando, por ejemplo
el día en que perdió tan tontamente
su olfato por las rosas; sollozaba
como una fuente pura y silenciosa.

No era normal Regino, no era un hombre
de los que entran catorce en la docena.
Por eso le quería, porque hablaba
dejándonos a trozos su existencia,
porque era como un lírico anticipo
que se nos daba en rosas y esperanzas.

Hay que observar que el cura no entendía
su calentura de gacela agónica,
su ternura de ciervo acariciado,
su forma de plegarse ante los niños.
su campestre manera de aumentarse
por dentro, en hinchazón irremediable.

Decían en el pueblo que las rosas
no tenían lenguaje para un tonto,
que si tenía el corazón de plástico,
que si sus manos eran de crepúsculo...

Y yo creo que sí, que el buen Regino
era un tonto de amor, un tonto excelso,
un magnífico tonto, un tonto arcángel
en un mundo de cifras y ecuaciones
en donde siete y siete son catorce
porque lo dijo Blas punto redondo.
En un pueblo con alma de pizarra
donde Dios era un número infinito,
donde el trigo contábase en envidias,
donde el amor pesábase en kilogramos
y se medía en metros la esperanza,
en un pueblo en que el alma era un decir
y el corazón, si acaso, una sospecha.

Y Regino contaba por suspiros
y se cobraba en pájaros o en rosas
y cantaba los kiries y los credos
con la unción con que cantan las palomas
cuando la tarde duerme entre sus plumas.

Por eso la quería, porque tengo
su paz como aparcada entre mis versos,
porque aun me duele hablar de aquella noche
en que Regino se murió cantando
como un tonto de Dios y en todo el pueblo
se oyó un olor a rosas y a campanas.

CAMPOSANTO

Aquí, gracias a Dios, descansa el pueblo
y se acabó por fin lo que se daba.
Aquí, don Serafín, que, por ejemplo,
ordeñaba una piedra fácilmente
duerme tan distraído que no sabe
donde dejó guardados sus ahorros;
aquí, don Nicolás, que presumía
de alfiler y corbata, no comprende
cómo se va rompiendo su camisa,
por qué se le apolillan los zapatos;
aquí, Rodrigo, el joven estudiante
que iba para doctor «honoris causa»
no se explica por qué dice gusanos
en vez de pronunciar bellos discursos;
aquí Julián Martínez, novillero,
de profesión su sangre, se da cuenta
de que el tendido siete de su tumba
malvas y no pañuelos enarbola.

Aquí, gracias a Dios, don Evaristo
que está bastante muerto todavía
ya puede descansar en este escaño
de aquellas agitadas elecciones.
Y aquí, José Manuel, el arquitecto
que alimentó de líneas su bolígrafo
aquí vino a parar como era justo
una tarde de junio, sin saberse
si al morirse pensaba, por ejemplo
en una hipotenusa o en un pájaro.

Porque las cosas son, si bien se miran
así, tan vegetales, que no importan
cuando se tienen solo cuatro metros
de tierra y una renta en crisantemos.

Por lo demás el campo era bonito,
los cipreses su sombra derramaban
y las piedras cumplían su promesa
de humedad dignamente sordomuda.

Tenía el camposanto muchos pueblos
polvo a polvo enterrados, con sus besos
a medio terminar, con sus pasiones
fermentando la paz de los gusanos,
muchos pueblos enteros sucediéndose
desde el aire hasta el polvo, desde el grito

hasta el total silencio de la tierra
que tiene tanta muerte acumulada
para que abril prosiga dando flores.

Porque en el pueblo seguirán bailando
a pesar de la tierra las muchachas
y seguirá Ramón dando señales
de vida a los trigales ya maduros
y María Luisa seguirá pensando
en Luis, que ya es abuelo
y órdenes oportunas el alcalde
cursará al aguacil todos los miércoles
y el maestro, en la escuela, ante los niños
llenará la pizarra de quebrados
para no enamorarse de las mozas
que sigue siendo el sueldo insuficiente
y el pan se está poniendo por las nubes.

Aquí, gracias a Dios, descansa el hilo,
la aguja, la madeja, los disgustos
del acta notarial o la esperanza
de que pueda llover en San Isidro;
aquí, entre los cipreses solitarios
yace el odio mortal de las familias,
la sed de los anillos, el orgullo
de los nobles escudos inventados,
el tul con ilusión, el niño nuevo,
el temblor de la enagua ante el marido,

la sonrisa del padre, el caramelo,
el pañuelo de «nylon», la ternura
de la palabra apenas pronunciada,
el insulto del mozo a los pardales...

Aquí, gracias a Dios, descansa el pueblo
y el polvo vuelve al polvo nuevamente.

ALREDEDOR DE LA MESA
(Comunicación poética)

La realiza

MARIO ANGEL MARRODAN

Volúmenes publicados:

Mario Newton Filho.— MUNDO
NEUTRO.

Francisco Sánchez Bautista.— VOZ
Y LATIDO.

Mario Angel Marrodán.— DESTI-
NO DE LA CRIATURA.

Eduardo de la Rica.— DIMEN-
SIONES.

Rafael Melero.— ALBA DEL
VIENTO.

Gabriel Celaya.— PARA VOS-
OTROS DOS.

Antonio Fernández Molina.—
SUEÑOS Y PAISAJES TERRA-
QUEOS.

Juan Antonio Villacañas.— MAR-
CHA DESTRIUNFAL.

José Albi.— BAJO PALABRA
DE AMOR.

Eduarda Moro.— EL TIEMPO ME
LEE EN VOZ ALTA.

Teresa Barbero.— MUCHACHA
EN EXILIO.

Henri de Lescóet.— SIGLO EN-
CANTADO.

Jean Braeckman.— POEMA PARA
VIVIR.

Manuel María.— SERMONES PA-
RA LEER EN CUALQUIER
TIEMPO.

José María Fernández Nieto.— LA
TREBEDE.